

Por qué a todos nos preocupa la desigualdad (pero nos cuesta admitirlo)

¿Es envidia o justicia?

BRANKO MILANOVIC

7 DE FEBRERO DE 2026



[Una lectura muy larga. Véase la explicación a continuación.]

Muchos economistas descartan la relevancia de la desigualdad (si los ingresos de todos aumentan, ¿a quién le importa si la desigualdad también aumenta?) y argumentan que solo debería importar el alivio de la pobreza. Esta nota muestra que a todos nos preocupa la desigualdad, y sostener que deberíamos preocuparnos únicamente por la pobreza y no por la desigualdad es internamente inconsistente

Un argumento común de algunos economistas es que las preocupaciones por los asuntos distributivos son irrelevantes, o peor aún, perniciosas. Los asuntos distributivos a menudo se consideran una distracción, un guiño al populismo y una pérdida de tiempo que, en última instancia, es destructiva: una disputa sobre las porciones del pastel reduce su tamaño y perjudica a todos. Tales actividades, incluso un debate sobre ellas, se consideran negativas; cuánto mejor es centrarse en el trabajo duro y la inversión para hacer que el pastel crezca. Dos

economistas reconocidos han planteado recientemente estos puntos. Martin Feldstein, en el discurso inaugural de la conferencia de la Reserva Federal sobre la desigualdad (1998a, 1998b, y prácticamente idéntico en Feldstein 1999), escribe que nadie debería preocuparse por la desigualdad, siempre que los ingresos de todos aumenten: «Quiero enfatizar que no hay nada malo en un aumento del bienestar de los ricos ni en un aumento de la desigualdad que resulte [únicamente] de un aumento de los ingresos altos» (1999, 35-36). Robert Lucas, en el Informe Anual de 2003 del Banco de la Reserva Federal de Minneapolis, escribe: “de las tendencias que son perjudiciales para una economía sólida, la más seductora y, en mi opinión, la más venenosa, es centrarse en cuestiones de distribución” (Lucas 2003).

En su forma más o menos sofisticada, este es un argumento que se escucha con frecuencia. Como alguien que ha trabajado en temas de desigualdad durante más de veinte años, he tenido la oportunidad de escucharlo en numerosas ocasiones. A principios de la década de 1990, un economista investigador de alto rango del Banco Mundial desestimó mi propuesta de un estudio sobre la desigualdad en países poscomunistas, argumentando que estos países eran "víctimas" de un igualitarismo irrazonable, y que todo aumento de la desigualdad, vinculado como debe estar a una mayor rentabilidad para los miembros más productivos de la sociedad, debía ser bienvenido. Cuatro o cinco años después, con el mayor aumento registrado de la pobreza en tiempos de paz, y con la desigualdad aumentando a pasos agigantados, el tema no parecía tan irrazonable. En muchas reuniones sociales o profesionales en Washington y otros lugares, cuando me presentaban y me informaban de que trabajaba en desigualdad, mis interlocutores (más educados) planteaban una cuestión similar a la de Feldstein ("¿Por qué debería importar la desigualdad?"). Otros, tal vez menos educados, moverían las manos, atribuyendo básicamente el hecho de que cualquiera pagaría a una persona para que estudiara la desigualdad a las formas derrochadoras de la burocracia internacional.

Me permitiré especular al final de la nota sobre por qué el tema de la desigualdad produce reacciones tan fuertes entre muchas personas de diversos países y orígenes. Pero primero, intentaré hacer algunos puntos más sustanciales, limitándome a no hacer argumentos a favor de la igualdad de dos tipos. Primero, siguiendo a Feldstein, 1/ Yo también evitaré basar mi caso en los argumentos funcionalistas a favor de la baja desigualdad, ya sean del tipo del votante medio, la inestabilidad social (con las consiguientes bajas inversiones), la perversión del proceso político, el fallo del mercado o cualquier otro tipo. Dos excelentes revisiones recientes ([Eric Thorbecke y Chutatong Charumilind](#), “Why We All Care About Inequality”, *World Development* , septiembre de 2002, y [Christopher Jencks](#), “Does Inequality Matter?” *Daedalus* , invierno de 2002.) resumen, analizan y evalúan los efectos de la desigualdad en una amplia gama de cuestiones económicas y sociales. El lector debe ser simplemente consciente de que hay argumentos funcionalistas (o instrumentalistas) a favor de la complementariedad entre igualdad y eficiencia que son tan sólidos, y posiblemente más sólidos, que los argumentos opuestos, que ven a ambas (igualdad y eficiencia) como una compensación.

Un segundo tipo de argumento que no presentaré se refiere a los intentos, tácitamente presentes en las citas y el tenor del argumento citado anteriormente, de eliminar del debate político un tema tan importante como la distribución. Sin duda, esto es improbable, ya que los problemas de distribución han estado en el centro de las luchas políticas desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, se detecta una desagradable impaciencia en algunos economistas que desearían que tales temas se excluyan de la política. En otras palabras, no utilizaré el argumento de que estos economistas muestran rasgos autoritarios o, para ser generosos, paternalistas bastante desagradables.

¿Es envidia o es justicia?

Consideremos el ejemplo dado por Martin Feldstein (1999) de un grupo de economistas adinerados reunidos en una conferencia o suscriptores de una revista económica. Si a cada uno de nosotros —los economistas— se nos dieran 1.000 dólares, la desigualdad (en Estados Unidos) aumentaría; cada uno de nosotros estaría mejor y nadie estaría peor. Entonces, ¿qué hay de malo en esto?, pregunta Feldstein. Aparentemente, nada. Modifiquemos ahora su ejemplo un poco. Supongamos que el hada de Feldstein me da 20.000 dólares, y a cada uno de los demás participantes se le dan entre 25 y 75 centavos. Las conclusiones previas de Feldstein siguen siendo válidas: el bienestar de todos debería ser mayor. Sin embargo, los efectos, me atrevo a sugerir, serían bastante diferentes. Muchos de los participantes podrían negarse a aceptar su moneda de veinticinco centavos, algunos podrían dejarla en la habitación, otros la tirarían con disgusto. Muchos comentarían (desfavorablemente) que he recibido, por alguna razón incomprensible, 20.000 dólares, mientras que otros miembros del grupo, mucho más dignos, se las arreglarían con menos de una milésima parte de esa cantidad. La mayoría especularía sobre las razones que se esconden tras tan extravagante generosidad por parte del hada.

¿Qué ilustra esta historia? En primer lugar, que muchos (¿la mayoría?) de quienes habrían recibido 25 centavos no solo no se sentirían mejor —como Feldstein sugiere que deberían—, sino que preferirían sentirse peor. Se sentirían peor porque su sentido de justicia y decoro se habría visto afectado. Y se habrá visto afectado porque las personas siempre se comparan con (lo que consideran) sus iguales. Por lo tanto, los ingresos que reciben no solo son un medio para adquirir más bienes y servicios, sino también un reconocimiento tangible de cómo los valora la sociedad. Son una expresión social de su propio valor. Por lo tanto, una gran diferencia de ingresos (sobre todo si es injustificada o poco clara) se considerará un menosprecio a su propio valor.

El punto clave es que los ingresos de otros entran en nuestra propia función de utilidad. Y una vez que lo tenemos en cuenta, la desigualdad afecta nuestro propio bienestar y los argumentos sobre su irrelevancia se desvanecen. Cabe destacar que el concepto de grupo de pares es crucial para todos los estudios sobre la desigualdad. 3/ No tiene sentido estudiar la desigualdad entre dos grupos que no interactúan o que ignoran la existencia del otro. Supongamos que combinamos a todos los japoneses y a todos los mayas del siglo XV y estudiamos su desigualdad combinada. Los dos grupos podrían solaparse bastante, siendo sus ingresos medios similares. Pero este ejercicio carece de sentido, ya que los dos grupos nunca han interactuado. Solo cuando surge un Estado-nación y las personas comienzan a ver a sus conciudadanos como iguales, los estudios convencionales sobre la desigualdad dentro de un país cobran sentido. Por eso los estudios sobre la desigualdad global tienen sentido ahora, pero mucho menos en períodos anteriores. En otras palabras, solo si no existieran grupos de pares —es decir, si no existiera la sociedad— la desigualdad sería irrelevante y solo nuestros propios ingresos influirían en nuestro bienestar. 4/ En un mundo solipsista, ciertamente, no tendríamos que preocuparnos por la desigualdad. Pero en todos los demás mundos, sí.

Pero permítanme intentar encontrar otros ejemplos, quizás más convincentes.

Supongamos que, para la misma conferencia de economía, el organizador ha decidido pagar a cada participante unos honorarios que reflejan su posición en la profesión y, por lo tanto, la calidad esperada del trabajo. Y supongamos que dichos honorarios están muy sesgados, pero que todos son, por supuesto, positivos. Supongamos ahora que yo, entre todos los participantes, recibiera el menor, y por una fracción considerable. ¿No afectaría esto mi propio sentido de justicia? Rápidamente comenzaría a comparar los honorarios recibidos por otros autores con su trayectoria publicada o con lo que he oído de ellos. Preguntaría a mis amigos y podría terminar profundamente ofendido. De nuevo, mis sentimientos de (1) justicia y (2) autoestima se verían

afectados. En el primer ejemplo, mucha gente podría rechazar con disgusto su cuarto de dólar. En este caso, aceptaría mis honorarios, pero estaría bastante molesto y quizás ofendido. Incluso si mi bienestar es mayor después del honorario (porque mis ingresos serían mayores), habrá aumentado mucho menos que si todos hubieran recibido la modesta tarifa que yo recibí, o si las tarifas se ajustaran más a lo que percibo como justo. Y, de nuevo, una vez que aceptamos que mi bienestar se reduce al saber cuánto recibieron los demás participantes, concluimos que los ingresos de otras personas entran en mi función de utilidad y, por lo tanto, que la desigualdad importa. Si no fuera así, ¿cómo explicaríamos que en los juegos de ultimátum, donde se pide a los participantes que compartan una cantidad de dinero, las ofertas percibidas como injustas se rechacen de plano y ambas personas terminen en peor situación (Fong et al., 2003)? 5/ ¿Por qué las personas rechazan ofertas que consideran injustas si con ello reducen no solo los ingresos del otro participante, sino también los suyos propios? Simplemente porque la ganancia de utilidad derivada de unos ingresos más altos se ve compensada por la pérdida de utilidad causada por la sensación de injusticia derivada de comprender que la otra persona recibiría unos ingresos mucho mayores y, en nuestra opinión, inmerecidos. Pero está claro que nunca deberíamos comportarnos así si no nos preocuparan los ingresos de los demás.

Obsérvese que en los tres ejemplos hemos demostrado que el bienestar de las personas depende de los ingresos de los demás, pero que el mecanismo por el cual esto se expresa varía. En el primer ejemplo («el hada buena»), nos desconcertó la caprichosidad del destino; en el segundo ejemplo («la tarifa»), apelamos a la justicia; en el tercero, simplemente nos disgustó el comportamiento de nuestra pareja; ni la justicia ni el destino influyeron en ello: puro disgusto o ira humana.

Más argumentos

Algunos economistas tienden a considerar toda afirmación de que los ingresos ajenos influyen en nuestro bienestar como manifestaciones de envidia. Martin Feldstein habla de "igualitarismo rencoroso". Cabe destacar dos puntos. Primero, la ética no es competencia de los economistas. El uso de términos cargados de valor como "envidia" pretende silenciarnos, diciéndonos básicamente que solo los monstruos envidiosos de ojos verdes codician el dinero ajeno. Admitamos esto: la envidia no es agradable. Pero si la mayoría, muchos o un porcentaje significativo de las personas sienten envidia del dinero ajeno, esto es lo único que debería preocupar a los economistas. (Y recordemos que la envidia simplemente significa que los ingresos ajenos entran en nuestra función de utilidad). La envidia, ya sea que los economistas la aprueben en privado o no, debe formar parte de su análisis. Quizás los especialistas en ética y los ministros religiosos refutarían tales prácticas, y les dejaríamos el campo libre para mejorar la raza humana. Cuando los ministros lo hayan hecho, los economistas deberían volver a revisar sus supuestos y eliminar los ingresos ajenos de las funciones de bienestar individual. Pero no antes de que nos informen de que la envidia ha sido erradicada.

En segundo lugar, lo que algunos llaman envidia no es, como creo que los ejemplos anteriores han demostrado, la envidia (mala), sino el buen sentido de la justicia. Nos afectan los ingresos de otros no solo porque sentimos envidia, sino porque creemos que se ha cometido una injusticia. Es porque sentimos que alguien se ha aprovechado de él o que ha sido tratado injustamente. En otras palabras, un comportamiento que para algunos puede interpretarse como envidia, en realidad puede estar motivado por la justicia. La envidia de uno es la justicia de otro. Consideremos el ejemplo reciente de la reforma agraria en Zimbabue, y dejemos de lado los argumentos sobre si la reforma agraria mejorará la productividad o la perjudicará. Quienes se oponen argumentarán que el movimiento está motivado por pura envidia; quienes están a favor lo verán como una forma

de reparar los viejos agravios. Pero sea cual sea el nombre que se les dé a estas motivaciones y sentimientos, sea cual sea la rúbrica con la que los escribamos (sentimientos «deseables» o «no deseables»), se puede demostrar, creo que de forma abrumadora, que existen, y eso es todo lo que importa a quienes lidian con la naturaleza humana tal como es. Permítanme cerrar esta sección con dos citas que ilustran muy bien la diferencia en las perspectivas de los economistas sobre la desigualdad. Primero, una cita bastante reciente de Anne Krueger (2002), ex subdirectora gerente del Fondo Monetario Internacional: «Los pobres están desesperados por mejorar sus condiciones materiales en términos absolutos en lugar de ascender en la distribución del ingreso. Por lo tanto, parece mucho mejor centrarse en el empobrecimiento que en la desigualdad», una postura compartida por Martin Feldstein y Robert Lucas. Y luego, la de Simon Kuznets (1965, 174), una antigua cita de 1954:

Se podría argumentar que la reducción de la miseria física asociada con los bajos ingresos... permite un aumento en lugar de una disminución de las tensiones políticas, [porque] la miseria política de los pobres, la tensión creada por la observación de un crecimiento [del ingreso] mucho mayor en otras comunidades... puede haber sólo aumentado.

¿Por qué a la gente no le gustan los estudios sobre la desigualdad?

Cuando empecé a trabajar sobre la desigualdad, vivía en un país comunista. Mi tesis trataba sobre la desigualdad, lo que entonces se denominaba eufemísticamente un "tema delicado". A los gobernantes y sus acólitos no les gustaba porque desmentía su mito de igualdad universal en el socialismo. Querían que el socialismo fuera perfecto e igualitario, y se demostró que era imperfecto y desigual. Cuando viví en una sociedad capitalista, los ricos (y sus partidarios) también tendían a oponerse al tema. Creían que cualquier desigualdad existente era correcta, ya que, en su opinión, cualquier ingreso era bueno, justo y necesario, casi un mandato divino, pues el mercado había asumido el papel de Dios. Los estudios empíricos eran superfluos. Estos estudios solo podían sembrar discordia y posiblemente llevar al cuestionamiento del orden social existente. Por lo tanto, las élites de ambos sistemas tendían a coincidir en que los estudios sobre la desigualdad eran innecesarios: en un caso porque revelaban su existencia, en el otro porque cuestionaban implícitamente si su nivel era aceptable. Pero esta gran sensibilidad hacia el trabajo empírico sobre la desigualdad muestra que nuestra suposición implícita, probablemente derivada de siglos de educación religiosa y la Ilustración, es que todas las personas son básicamente iguales y que es cada desviación de la igualdad la que necesita ser justificada. 6/ Incluso dentro de los confines del utilitarismo y las funciones de bienestar idénticas y cóncavas, hay dos razones para censurar la desigualdad, escribe Sen (2000, 67): es ineficiente como generador de utilidad (ya que cierta redistribución hacia los pobres aumentaría el nivel general de bienestar), y también es inicua. En otras palabras, las élites no están irrazonablemente preocupadas por los estudios de la desigualdad; cada mención de la desigualdad plantea en las mentes de las personas preguntas sobre su aceptabilidad.

¿Por qué es inverosímil preocuparse por la pobreza y no por la desigualdad?

Si la desigualdad no fuera algo que nos preocupara, también sería muy difícil explicar la preocupación por la pobreza. Pues si (1) todos los ingresos son justos, o si (2) los ingresos de otras personas no entran en mi función de bienestar, ¿por qué debería importarme si hay mucha gente pobre? O incluso si solo se cumple (2), ¿por qué debería importarme la existencia de la pobreza? Se podría replicar que uno podría desaprobador el estudio de la desigualdad, pero descubrir que el bienestar de los más pobres podría ser preocupante, ya que sostenemos que todos deberían tener un nivel de vida mínimo. Pero si este es el caso, ¿no equivale esto a decir que solo el

bienestar de algunos (es decir, los pobres) entra en mi función de utilidad y el de nadie más (excepto el mío o el de mi familia)? Así pues, quien defiende la preocupación por la pobreza no niega que los ingresos de otras personas entren en su función de utilidad; simplemente pretende que su homo economicus limite su atención a un grupo de personas (los pobres) e ignore a los demás. La inconsistencia de una posición que se preocupa por la pobreza y no se preocupa por la desigualdad se detecta fácilmente si pensamos que implica que en la función de bienestar de una persona sólo hay lugar para sus propios ingresos y para las personas con bajos ingresos (los pobres).

Decir que a uno le importa la pobreza significa que su bienestar se ve afectado por todo lo que ocurre por debajo de un nivel de ingresos arbitrario donde viven los pobres, mientras que cualquier cambio en los ingresos por encima de este nivel (excepto si afecta a sus propios ingresos) lo deja indiferente. Este escenario, por supuesto, no es del todo imposible, pero me parece bastante improbable. En cuanto extendemos nuestra mirada hacia otras personas, más ricas que nosotros, y dejamos que sus ingresos influyan también en nuestro bienestar, pasamos de preocuparnos únicamente por la pobreza a preocuparnos también por la desigualdad.

Para reforzar el argumento a favor de esta preocupación, bastante inverosímil, únicamente por la pobreza, se le aplica un matiz moralista: la preocupación por todos los ingresos inferiores a cierto nivel de pobreza se considera "buena", ya que demuestra que una persona se preocupa por la difícil situación de los pobres, mientras que su preocupación por todos los ingresos superiores a los suyos se considera moralmente reprobable. En realidad, sin embargo, es mucho más probable que las personas piensen y se preocupen por quienes tienen más que por quienes tienen menos.

En otras palabras, es mucho más probable que la "envidia" se incorpore a nuestra función de bienestar que la "preocupación". Me atrevería a una afirmación aún más contundente: que un tratamiento muy diferente de la pobreza y la desigualdad, favorecido por algunos economistas, una distinción nítida entre ambas, es una forma de desviar la posible aparición de cuestiones de deseabilidad social de una determinada distribución del ingreso hacia un canal mucho más benigno: la aparente preocupación por los muy pobres.

La preocupación por la pobreza es un precio que los ricos están dispuestos a pagar para que nadie cuestione sus ingresos. En otras palabras, la preocupación por la pobreza funciona como un anestésico para la mala conciencia de la mayoría. Para muchos ricos, ayudar a los pobres es "lavado de dinero social", una actividad en la que participan quienes han adquirido riqueza en circunstancias dudosas, la han heredado o podrían haber ganado más dinero del que parece socialmente aceptable. 7/

Bien podría ser que las formas menos deseables de adquirir riqueza sean inevitables y que este sea el precio que tengamos que pagar por el progreso y la civilización. «Un mundo sin pobreza» es un mundo que soportaría todo tipo de injusticias. Puede que sea inevitable, pero aun así no debería impedirnos reconocerlo como lo que es.

Notas

1. "Al rechazar la crítica a la desigualdad per se y al afirmar que los ingresos más altos de los más adinerados son algo bueno, no me refiero a los argumentos funcionales que algunos han ofrecido en defensa de la desigualdad" (Feldstein 1999, 35).

2. Es un punto lingüístico interesante que uno esperaría que la pregunta correcta en inglés sobre la riqueza de una persona fuera "¿Cuánto valen los bienes del Sr. X?". Sin embargo, esto se abrevia como "¿Cuánto vale el Sr. X?". El valor intrínseco del individuo y su riqueza extrínseca se confunden.
3. Sen (2000, 64) plantea el mismo punto, utilizando el concepto de "grupo de referencia": "el enfoque [de la medición del bienestar] se centra en las utilidades de los individuos solo en ese grupo, sin tomar nota directa de las utilidades de otros que no pertenecen al grupo". Frank (2004, p. 72) llega a una conclusión similar, basada en estudios empíricos sobre la felicidad. Estudios recientes sobre la felicidad han encontrado uniformemente que, en un momento dado, la felicidad aumenta con el ingreso ("el dinero compra la felicidad"). Sin embargo, con el tiempo y a pesar de que los ingresos de todos —los pobres, la clase media y los ricos— son mucho más altos, la felicidad no cambia. La implicación es que es el ingreso relativo, no el absoluto, lo que importa para la felicidad. Pero si ese es el caso, entonces claramente nuestra posición en la distribución del ingreso afecta nuestra utilidad mucho más que el nivel absoluto de ingreso.
4. Un buen ejemplo de la importancia de los grupos de pares es el siguiente: el Banco Mundial tiene numerosas oficinas locales en diferentes partes del mundo. El personal contratado allí generalmente recibe un salario mucho mayor que el de sus colegas locales. Por lo tanto, están muy contentos de trabajar para el Banco Mundial. Sin embargo, después de unos años, se dan cuenta de que cobran solo una fracción de lo que cobra un economista idéntico si es contratado por la sede en Washington. Entonces, el personal contratado localmente se siente muy descontento y desmoralizado, pues su grupo de pares ha cambiado.
5. En el juego del ultimátum, dos personas deben dividir una cantidad determinada de dinero. La persona A hace una propuesta. La persona B la acepta o la rechaza. Si la rechaza, los demás participantes no reciben nada. Una abrumadora evidencia experimental demuestra que las ofertas que representan menos del 30% del pastel son rechazadas. Los experimentos se han llevado a cabo en varios países y entornos con apuestas que alcanzan hasta tres meses de ingresos (citado en Fong et al., 2003, p. 8).
6. La afirmación "básicamente iguales" representa una simplificación excesiva, ya que al preguntarnos en qué sentido las personas no son exactamente iguales, abrimos la puerta a la desigualdad de ingresos. Como argumenta Sen (1979), la desigualdad de ingresos observada podría justificarse con principios utilitaristas (maximización del bienestar total), diferencias en las condiciones iniciales (p. ej., si nuestro objetivo es la igualdad de utilidad total por persona, una persona con discapacidad debería obtener mayores ingresos que una sana) o, en términos más generales, con la diversidad humana, que, para que cada persona tenga la misma capacidad para hacer ciertas cosas, requiere que los ingresos sean diferenciados. Sin embargo, cabe destacar que, en todos estos casos, la "similitud" de las personas se refiere a (1) nuestra aceptación de que las mismas reglas se aplican a todos, y (2) que el objetivo de cada regla es la igualación de las condiciones de las personas (independientemente de cómo se definan estas últimas). La igualación de condiciones puede, y muy probablemente lo hará, implicar diferencias en los ingresos. ¿En qué se diferencia del principio de Pareto? En este último caso, no se intenta igualar nada: se otorgan los ingresos o las dotaciones iniciales. En otras palabras, las reglas se aplican por igual a todos, pero el punto (2) no se cumple.
7. Es históricamente cierto, por supuesto, que algunas personas que han amasado sus fortunas en circunstancias (como mínimo) dudosas las han utilizado con fines filantrópicos. Si bien es preferible que una parte de esas vastas fortunas se utilice así —incluso descartando el interés propio de la evasión fiscal—, sigue generando una

incómoda sensación de aceptar una supuesta superioridad moral de personas («filántropos») que en su vida laboral distaban mucho de ser modelos de ética. Por lo tanto, nunca pude sentir otra cosa que desprecio por el «lirismo capitalista» al que se exponen los desventurados paseantes de la Quinta Avenida de Nueva York cuando llegan al Rockefeller Center. Entiendo que con tu propio dinero puedas construirte un monumento a ti mismo en tu propio patio trasero, pero no en el centro de una metrópoli mundial.

Referencias

- Feldstein Martin. 1998a. “Desigualdad de ingresos y pobreza”. Documento de trabajo del NBER n.º W6770, octubre
- . 1998b. “Panorama general”. Introducción a la Conferencia de la Reserva Federal sobre la desigualdad del ingreso: cuestiones y opciones de política, Actas del simposio.
- . 1999. “Reducir la pobreza, no la desigualdad”. *Public Interest*, otoño.
- Fong, Christina, Samuel Bowles y Herbert Gintis. 2003. “Reciprocidad, interés propio y el Estado de bienestar”. *Manual sobre economía de la donación, reciprocidad y altruismo*, ed. Mercier-Ythier, Kolm y Andre. Elsevier.
- Frank, Robert H. 2004. “Cómo no comprar la felicidad” *Daedalus*, Primavera, págs. 69–79.
- Jencks, Christopher. 2002. “¿Importa la desigualdad?” *Daedalus*, Winter, págs. 49–65.
- Lucas, Robert. 2003. “La revolución industrial: pasado y futuro”. En el Informe Anual del Banco de la Reserva Federal de Minneapolis, 2003. Disponible en <http://minneapolisfed.org/pubs/region/04-05/essay.cfm>.
- Krueger, Anne O. 2002. “Apoyando la globalización”. Discurso pronunciado en la Conferencia de Seguridad Nacional Eisenhower de 2002 sobre “Seguridad nacional para el siglo XXI Anticipando desafíos, aprovechando oportunidades, desarrollando capacidades”, 26 de septiembre. Disponible en www.imf.org/external/np/speeches/2002/092602a.htm
- Kuznets, Simon. 1965. *Crecimiento económico y estructura: Ensayos selectos*. Nueva Delhi: Oxford & IBH.
- Sen, Amartya. 1979. “¿Igualdad de qué?”. Pronunciada en la Conferencia Tanner sobre Valores Humanos, Universidad de Stanford, 22 de mayo. Disponible en https://ophi.org.uk/sites/default/files/Sen-1979_Equality-of-What.pdf.

Explicación

Este es el texto de mi artículo publicado en [Challenge Magazine, vol. 50, número 5, 2007](#). Una reciente discusión sobre la desigualdad entre [David Lay Williams](#) y [Don Boudreaux](#) me lo recordó y me impulsó a revivirlo (especialmente dado que la revista donde se publicó originalmente ya no existe). Mi artículo fue escrito alrededor de 2003, cuando trabajaba en el Carnegie Endowment for International Peace en Washington. Fue motivado por lo que escuché a Martin Feldstein decir en una conferencia sobre la pobreza y luego repetir en sus

escritos. El artículo fue rechazado por varias revistas de economía a las que lo envié para que se publicara en sus secciones de Notas. Me decepcionó especialmente que me rechazara el *Journal of Economic Inequality*, que incluso tenía una sección que era un lugar natural para discusiones tan amplias sobre la desigualdad. El artículo se publicó por primera vez en italiano en *La Questione Agraria*, n.º 4, 2004. Varios años después, cuando se lo comenté a Jeff Madrick, entonces editor de *Challenge*, me pidió que lo enviara a esta revista. Así, finalmente se publicó allí en 2007.

El cuadro que acompaña al artículo es de Diego Rivera, *Activos congelados* (pintado en 1931).

Suscríbete a Desigualdad Global y Más 3.0

Por Branko Milanovic · Lanzado hace 5 años

Desigualdad global y más 3.0

Al suscribirse, acepta [los Términos de uso](#) de Substack y reconoce su [Aviso de recopilación de información](#) y [Política de privacidad](#).

63 Me gusta · 14 reagrupaciones

Discusión sobre esta publicación

○

Escribe un comentario...

Lenny Goldberg 2d ...



Cuando estudiaba economía en los años 60, se decía que la desigualdad era una cuestión moral, no económica. Me alegró ver a uno de mis profesores, Frank Levy, publicar sobre la desigualdad mucho antes de que se volviera más aceptable. Creo que hay un problema más empírico, más allá de las funciones de utilidad teóricas que se analizan en este artículo: las distorsiones en los mercados causadas por la desigualdad del poder adquisitivo. La vivienda es quizás el mejor ejemplo: la desigualdad de ingresos infla los precios de la vivienda y excluye a los pobres de una vivienda digna. Los productos de consumo están orientados al 10% más rico y, como resultado, los precios pueden ser más altos. El antiguo concepto de excedente del consumidor se extiende considerablemente para la clase media alta. Y la capacidad de los muy ricos para comprar activos (islas, terrenos, atención médica de alta gama, educación superior) puede disminuir la capacidad de otros para acceder a esos bienes. El hecho de que un porcentaje tan alto de personas no pueda ahorrar para imprevistos, educación o jubilación afecta la productividad y el bienestar

social de la sociedad en general. Gracias por revisar este artículo anterior; se ha producido mucha más discusión desde entonces (véase Piketty y muchos otros).

ME GUSTA (5)

RESPONDER

COMPARTIR

1 respuesta**Steven Klees** 2d

...

¡La envidia o la justicia no lo describen, Branko, es indignación! En el Informe Mundial sobre la Desigualdad 2026, los investigadores muestran que el 10% más rico del mundo ahora obtiene más ingresos que el otro 90% combinado, mientras que la mitad más pobre recibe menos del 10% de los ingresos globales. La riqueza es aún más desigual: el 10% más rico posee tres cuartas partes de todo, mientras que la mitad más pobre posee solo el 2%. Y Oxfam informa que, a principios de 2026, los 12 multimillonarios más ricos poseen tanta riqueza como los 4 mil millones de personas más pobres (la mitad de la población mundial). Sé que tu artículo es de 2007 o anterior, pero las únicas personas que no creen que debemos preocuparnos por la desigualdad son los fundamentalistas del mercado neoclásicos de derecha. Y aunque son simpáticos, tus hipótesis neoclásicas de los márgenes pasan por alto el punto principal. La distribución global del ingreso y la riqueza es escandalosa. El 1% acapara toda la riqueza que debería destinarse a financiar la expansión de los servicios públicos para el resto de nosotros. A esto se suma el abrumador poder político de la clase multimillonaria, como Citizen United en EE. UU., el Foro Económico Mundial y la Comisión Trilateral a nivel mundial. ¡Vivimos en una plutocracia posible gracias a la distribución más desigual de la renta y la riqueza de la historia de la humanidad!

Steven Klees, Universidad de Maryland

ME GUSTA (5)

RESPONDER

COMPARTIR

23 comentarios más...